

cielo, sobre la tierra y en los infiernos, y que toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios su Padre.¹

CAPITULO XI.

La cruz ha sido una expiacion suficiente del pecado.

Si se quiere conocer la fuerza del veneno que la primera falta habia inoculado en nuestras venas, que se medite un instante en todo el mal que se ha hecho, se hace y se hará todavía en la tierra: que se tenga el valor de contemplar un momento la estension y la profundidad de la repugnante y espantosa llaga de nuestra naturaleza; que se imagine, si es posible, en qué multitud de crímenes, atrocidades, torpezas é infamias se halla nuestro desgraciado globo envuelto; pero no se sabrá hasta qué grado de horror deba uno detenerse para no quedarse mas abajo de lo cierto; y se comprenderá que solo Dios en la eterna balanza de su justicia puede apreciar el enorme peso de las iniquidades terrestres. Entretanto, está escrito en caracteres indelebles en la conciencia de los individuos y en la conciencia de los pueblos, que el mal una vez cometido, no desaparece; que vive produciendo la muerte; que permanece en el alma del culpable, y le imprime una horrible marca; que pide un castigo proporcionado, y que no se borra sino por medio de una expiacion suficiente. Que cualquier hombre se pregunte, y oirá en el fondo de su alma una voz que le responderá: "todo el que se hace

¹ Philipp., cap. 2.

culpable merece castigo." Donde quiera que se dirija la vista sobre la tierra, se encuentra el instrumento del castigo, desde el azote de esparto del padre, hasta el hacha del ejecutor de la ley; y si no fuese así, cómo se impediría que el mal, desbordándose, rodase como un torrente impetuoso arrasándolo todo en su camino?

La humanidad, pues, ha sentido que el mal atraia la venganza del cielo, y reconociéndose culpable, se ha estremecido, ha elevado sus manos hácia él, conjurándole acordase su perdon, y esforzándose en aplacarle por el sacrificio de lo mas agradable, de lo mas necesario, y de lo que en un todo le era mas querido.

Hemos visto en el penúltimo capítulo que la sangre de innumerables víctimas, y hasta de víctimas humanas, se habia derramado á torrentes en los altares; pero todas estas expiaciones, y todas las que hubiesen tenido lugar en los siglos futuros, ¿podian llenar la inmensa sima abierta por el crimen? ¿Podia el hombre sufrir tanto, sufrir, sobre todo, de una manera bastante meritoria para que la mancha de su alma quedase borrada al mismo tiempo que alcanzase la remision del pecado? Graves son estos problemas, y como ellos tienen relacion con un orden de cosas que pasa mas allá de los límites del espíritu humano, ninguno habrá que pueda lisonjearse de resolverlos. ¿Quién puede saber, en efecto, lo que es el mal, por ligero que se le suponga? ¿Quién se atreverá á pesarlo en una balanza terrestre, cuando Dios viene á colocarse en uno de los platillos? ¿Quién establecerá una justa proporcion entre una falta y el castigo que ella merece, puesto que una falta cualquiera tiene por término necesario y final la muerte, y la muerte del Ser por escelencia, de Dios, si podia contagiarle de esta lepra? ¿Dónde habrá en el sufrimiento de un ser finito la ecuacion posible con lo que va á atacar nada menos que al Ser infinito? Y esto aun ignorando si aquel que sufre se arrepiente, que seria preciso penetrar en los mas recónditos senos de su alma, para discernir

si el horror del mal es tan sincero y profundo; y sería necesario además seguir el mal hasta en sus últimas consecuencias, y justificar todos los dolores que él ha producido para este mundo y para el otro; porque en vano se esperaría obtener el perdón, si á los padecimientos sufridos para expiarlo, no se reunían las condiciones del arrepentimiento y de la reparación. ¿Y qué conciencia humana podrá estar satisfecha de haber sentido todo el horror y el odio que merece el pecado? ¿Quién podrá, después de haberle cometido, irle siguiendo inmediatamente en sus pasos, como Homero dice que las Súplicas seguían á la maligna diosa Atés, para reparar todos los estragos que causara en su camino? ¿Qué padre, por ejemplo, reparará nunca todos los males que reservó á su posteridad, durante largos siglos, por una falta acaso para él desapercibida? Aquellos que han atentado á la vida, á los bienes, al honor, á la virtud de otro, ¿valorizarán alguna vez los daños que han producido, los sufrimientos de que han sido causa? Y el escritor que ha tenido el triste valor de mojar su pluma en el veneno del error y del vicio, para estraviar ó corromper á sus semejantes, ¿dónde encontrará tantas vidas cuantas sea necesario para restaurar todas las que ha deshonrado, inmolado y perdido?

Pero aun cuando detestemos el pecado como debe ser detestado, aun cuando nos arrepintamos como debemos arrepentirnos, aun cuando suframos tanto cuanto ha hecho sufrir á otros en sus consecuencias, ¿cómo podremos asegurarnos de que nos será perdonado? ¿Dónde está el contrato verificado entre Dios y nosotros por el cual nos esté prometida la remisión en cambio del arrepentimiento y de los sufrimientos? ¿Qué relación hay entre estos fenómenos que nos son puramente personales, y nuestras faltas, cuyas consecuencias subsisten fuera de nosotros? ¿Por qué lo que yo sufro por los remordimientos y el castigo ha de absolverme, cuando mis sufrimientos no alivian en nada los de aquellos á quienes he hecho infelices? Pero aun todavía más: suponiendo que yo

fuese absuelto de mi crimen, que hubiese obtenido un completo perdón, ¿habré de quedar rehabilitado por esto? ¿no permaneceré bajo el peso de mi deshonra? Solemos encontrar hombres que se han hecho culpables de acciones infames; les hemos perdonado sinceramente, pero sin embargo, ellos son siempre á nuestros ojos hombres indignos, y cuya sociedad ya no nos puede agradar en lo sucesivo.

Estas sencillas cuestiones que acabamos de poner son más elocuentes que las soluciones racionales, porque ellas por sí mismas hablan más alto y con más claridad al buen sentido, que todos los razonamientos. Con todo, si el hombre tiene miedo de responder á ellas, si teme hacer constar su impotencia para reparar lo que tuvo el poder de destruir, que escuche otra voz que no es la suya. “Padre mío, dijo el Hijo de Dios, vos no habeis querido hostia ni oblacion; los sacrificios por el pecado no os han sido agradables; pero me habeis formado un cuerpo, y héme aquí, oh Dios mío, dispuesto á hacer vuestra voluntad.” Y San Pablo añade, comentando estas palabras: “La ley no puede nunca, solo por las víctimas que se ofrecen continuamente todos los años, hacer justos y perfectos á los que se acercan al altar, porque es imposible que la sangre de los toros y de las cabras borre la mancha del pecado.”¹

Por lo tanto, si el hombre hubiese sido abandonado á sus propias fuerzas, si Dios no le hubiese tendido una mano compasiva, no habría salido nunca de ese mar de iniquidades, en cuyas olas se había sumergido; pero Dios ha amado tanto al mundo, que le ha enviado su Hijo único para su socorro. Desde el seno de su eternidad le llama en el tiempo diciéndole: “Vos sois mi Hijo á quien he engendrado hoy. Yo lo juro y cumpliré mi juramento: vos sois el *Sacerdote eterno* segun el orden de Melchisedec.”² Dócil al mandato de su Padre, Jesucristo, cuyo amor por nosotros con nada puede

1 Epíst. á los hebr., cap. 10.

2 Salm. 109.

compararse, se somete obediente hasta morir en la cruz: sobre esta cruz ha fijado la cédula de pago que existía en nuestra contra, y habiendo desarmado á los principados y á las potestades del mal, las ha espuesto en espectáculo con plena autoridad despues de haber triunfado de ellas en su propia persona.¹ En la montaña de Sion es donde ha sido consagrado el reino de Jesucristo, y donde Satanás, el príncipe de este mundo, ha sido vencido por la virtud de una expiacion verdaderamente eficaz; porque solo la gran víctima del Calvario reunía y podía reunir en ella las condiciones precisas para la completa abolicion del pecado y la destruccion de la mancha; es decir, el sufrimiento proporcional y sin tacha, el horror y aborrecimiento suficiente del mal, la reparacion completa del daño que ha podido causar, y una fuente de gracia y de méritos bastante para lavarlo y borrarlo enteramente.

Instruidos en la escuela del grande Apóstol, que como él mismo dice, fué favorecido de una revelacion especial sobre el misterio que nos ocupa: "Apenas, dice, si alguno quisiera morir por otro, tendria la fuerza necesaria para dar su vida por un hombre de bien; pero Dios ha hecho resplandecer su amor por nosotros, en que siendo como somos pecadores, Jesucristo ha muerto en el tiempo señalado, y no solamente hemos sido reconciliados por él, sino que aun podemos glorificarnos en Dios: y es que habiendo entrado en el mundo el pecado por un solo hombre, y la muerte por el pecado, así en mayor proporcion, por la abundancia de la gracia y de la justicia de uno solo, todos los hombres reciben la justificacion que da la vida; porque allí, donde ha habido abundancia de pecado, ha habido tambien superabundancia de gracia, á fin de que, como habia reinado el pecado dando la muerte, la gracia, del mismo modo, reinase por la justicia dando la vida eterna."²

"Era muy digno de Dios, vuelve á decir en otra Epístola, por quien existen todas las cosas, que quisiese conducir á la

1 Epíst. á los Colos. cap. 2.—2 Epíst. á los Roman. cap. 5.

gloria á multitud de sus hijos, y consagrarse por los sufrimientos el autor de su salvacion. Así, pues, el que santifica y los que son santificados vienen todos de un mismo principio, y Él no tiene á menos el llamarles hermanos suyos. Como ellos están revestidos de carne y de sangre, así tambien se ha revestido Él mismo, á fin de destruir por su muerte al que tenia el imperio de la muerte. Él no se ha hecho libertador de los ángeles sino de la raza de Abraham, porque era necesario que fuese semejante en todo á sus hermanos, á fin de ser ante Dios un pontífice compasivo y fiel por la expiacion de los pecados del pueblo; porque es por los trabajos y los sufrimientos por los que ha sido probado que trae la virtud y la fuerza de socorrer á los que han sido tambien probados.

"La alianza de que Jesus es el mediador es mas perfecta que la primera; permanece eternamente, posee un sacerdote eterno y puede salvar siempre á aquellos que se acercan á Dios por su interposicion. Era muy conveniente que tuviésemos un pontífice como Él, santo, inocente, inmaculado; separado de los pecadores y elevado mas allá de los cielos; que no tuviese como los otros necesidad de inmolar víctimas por sus pecados, y Dios ha hecho pontífice para siempre á su Hijo que es perfecto.

"Segun la ley, se purifica casi todo con la sangre, y los pecados no pueden ser perdonados sin efusion de sangre. Jesucristo, el pontífice de los bienes futuros, ha entrado, pues, una vez en el santuario por un tabernáculo mas grande y mas perfecto que el antiguo, y ha entrado no con la sangre de las ovejas y de las terneras, sino con su propia sangre, habiéndonos adquirido una redencion eterna. Por ello es por lo que ha venido á ser el mediador del Nuevo Testamento; de manera, que en virtud de la muerte que ha sufrido para expiar las iniquidades, aquellos que son llamados reciben la herencia que les ha sido prometida.¹"

1 Epíst. á los hebreos.

Para comprender como se debe el admirable secreto de la potencia redentora que emana de la cruz, es necesario tener presente lo que hemos dicho antes sobre los efectos de la union personal del Hijo de Dios con la naturaleza humana, y de la union moral de esta persona de Jesucristo con la humanidad. El Hombre Dios sufre, muere como hombre; y estos sufrimientos y esta muerte, que son ya de grandísimo precio, pues que han recaído en un inocente sobre el cual el pecado no tenia ningun derecho, adquieren un precio infinito, vienen á ser una expiacion superabundante del crimen, porque son asimismo los sufrimientos y la muerte de un Dios.

Ved aquí el otro aspecto del prodigio: Jesucristo al hacerse hombre, se ha constituido, como hemos dicho ya, el jefe de la humanidad para resumirla, representarla, responder por ella: la humanidad está toda en Él: no tiene mas vida verdadera que su vida; fuera de Él no halla sino la muerte: Él es la cabeza y nosotros somos los miembros: todo lo que Él aumenta nos aumenta; todo lo que aprovecha nos aprovecha: pero los padecimientos que sufre, padecimientos que por una parte tienen á Dios por término, son tambien los sufrimientos del Hombre: esta expiacion infinita viene á ser nuestra expiacion; y aun cuando, como dice Isaías, nuestros pecados escediesen en número á las gotas del mar, podian sernos perdonados; aun cuando fuesen tan rojos como la escarlata, llegarían á ser blancos como la nieve; porque Él es quien ha cargado con nuestras miserias, quien ha sido destrozado por nuestros crímenes: el castigo que debe darnos la paz ha pesado sobre Él; nosotros hemos sido curados por sus heridas; el Señor ha hecho caer sobre Él la iniquidad de todos. Por esto mismo, desde que San Juan Bautista vió á Jesus adelantarse hácia él, exclamó: "Ved ahí al Cordero de Dios; ved ahí al que quita los pecados del mundo." Y el mismo Jesus dijo: "Así como Moisés elevó la serpiente en el desierto, es necesario tambien que sea elevado el Hijo del

Hombre, á fin de que todos los que crean en él no perezcan, sino que gocen de la vida eterna; porque Dios no ha enviado su Hijo al mundo para condenarlo, sino para que sea salvado por él.—Mi sangre, la sangre de la nueva alianza será derramada por muchos en remision de sus pecados."

Despues de esto, no podemos menos de exclamar con San Pablo: "¡Si Dios es así por nosotros, qué será contra nosotros! Si no nos ha rehusado ni á su propio Hijo, si lo ha entregado á la muerte por todos nosotros, ¿qué no nos dará despues de habérselo dado? ¿Quién acusará á los elegidos de Dios, si Dios mismo es el que los justifica! ¿Quién los condenará despues de que Jesucristo no solamente ha muerto, sino que aun ha resucitado y está sentado á la derecha de Dios, donde intercede por nosotros?"¹

La humanidad debe espantarse de la multitud de crímenes que la manchan, que la cubren de los piés á la cabeza como de una lepra asquerosa; pero no desespere, por enferma que esté, de su curacion: la verdadera víctima expiatoria se ha encontrado ya, el remedio es proporcionado al mal; y si Satanás, en el fondo de la copa del placer nos hace beber los sufrimientos de la muerte, Jesus, apurando ese cáliz de sufrimientos y de muerte, nos restituye la vida. Si es un Dios el que fué ofendido, es un Dios tambien el que expia la ofensa; y en lo de adelante, del trono de Dios y de el Cordero saldrá un rio de agua viva, clara como el cristal, y en las márgenes de este rio crecerá el árbol de la vida, cuyas hojas servirán para curar á las naciones.

¿Qué hay en el mundo mas grande que ese drama inmenso que se desenlaza sobre el Calvario? En la apariencia no es mas que un vil malvado á quien se castiga por sus crímenes, pero en la realidad es el gran combate del cielo contra el infierno, del bien contra el mal: es, en un punto del tiempo y del espacio, la concentracion poderosa de todo lo que ha sido y de todo lo que será, de la eternidad y del

1 Epíst. á los romanos, cap. 8.

tiempo, de la vida y de la muerte, del sér y de la nada. Allí va á ventilarse la causa universal, la causa entre Dios y la criatura: allí se va á decidir la suerte del mundo, entre su verdadero Señor y el que se habia hecho usurpador: allí se va á resolver el inesplicable problema del antagonismo de los dos principios que desmiente toda la antigua sabiduría, que deja gemir al hombre en los sufrimientos de la duda, con el pecho oprimido como por una continua pesadilla.— ¿Veis al que pende de la cruz, pálido, abatido, cubierto de heridas, destrozado, sangriento?... Pues Él es toda la humanidad. Hé ahí al hombre, hé ahí el compendio de toda su historia; contempladle bien tal cual ha venido á ser bajo el imperio del mal, embruteciéndose, degradándose sin cesar por la violacion de la leyes de su naturaleza, y no dejando, en cierto modo, ninguna parte sana de él. ¿A quién han pertenecido y en qué vendrán á quedar esos restos informes, repugnantes y horribles? ¿Quién vendrá á reclamar esta podredumbre infecta, que parece ser espelida del seno del sér para desaparecer en las tenebrosas regiones de la nada? ¿El principio del bien podrá reconocernos aun por obra suya, y no estaremos marcados para siempre con el sello inmundo de la bestia? ¿Habremos sido vendidos para ser esclavos del mal, y para ser perpetuamente presa suya?

Pero miremos con mas atencion al Ajusticiado. Hé ahí tambien al hombre; pero el hombre tal como Dios le habia hecho, puro, inocente, libre de toda inclinacion perversa; su carne puede muy bien ser martirizada por el sufrimiento, su alma sometida á la prueba de mortales angustias; pero ni su alma ni su cuerpo reciben ninguna ofensa, padecen ningun menoscabo; el sufrimiento no los envilece, al contrario, los eleva á mayor altura de perfeccion que la que el Criador mismo pudo darles con todo su poder; los enaltece hasta el grado supremo de ese heroismo sobrenatural que, como dice la Escritura, regenera mas portentosamente la naturaleza del hombre que como habia sido creada por el poder di-

vino. Ya Satanás no será en lo de adelante el rey que nos uncirá á su carro triunfal con su horrible acompañamiento del orgullo, de las concupiscencias vergonzosas ó infames; no, no será sino Jesucristo resplandeciente con una celeste aureola de justicia, de paz, de santidad y de amor.

Rindamos humildes gracias á Dios Padre que nos ha alumbrado con su luz, que nos ha hecho dignos de tener parte en la herencia de los Santos; que nos ha arrancado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al reino de su Hijo muy amado, en el cual encontramos la redencion que nos ha adquirido con el precio de su sangre, y la remision de nuestros pecados.¹

CAPITULO XII.

—

La cruz ha depositado en el mundo un principio de bien bastante eficaz para luchar victoriosamente contra el principio del mal.

No era bastante para Jesucristo el haber acercado el hombre á Dios, colocándose como mediador entre el uno y el otro; no era bastante el haber preparado, vertiendo toda su sangre, la expiacion de todos los pecados cometidos y por cometer; era necesario para coronar su obra, para establecer su reino entre nosotros, que dejara en nuestras manos las armas destinadas á combatir el mal y á destruirlo, del modo que él lo habia expiado; porque no habia venido solamente á hacer al mal una guerra de expiacion, sino todavía mas, una guerra de destruccion. Con todo eso, si la primera par-

¹ Epíst. á los coloss., cap. 1.